



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . . 1'50 ptas. trimestre

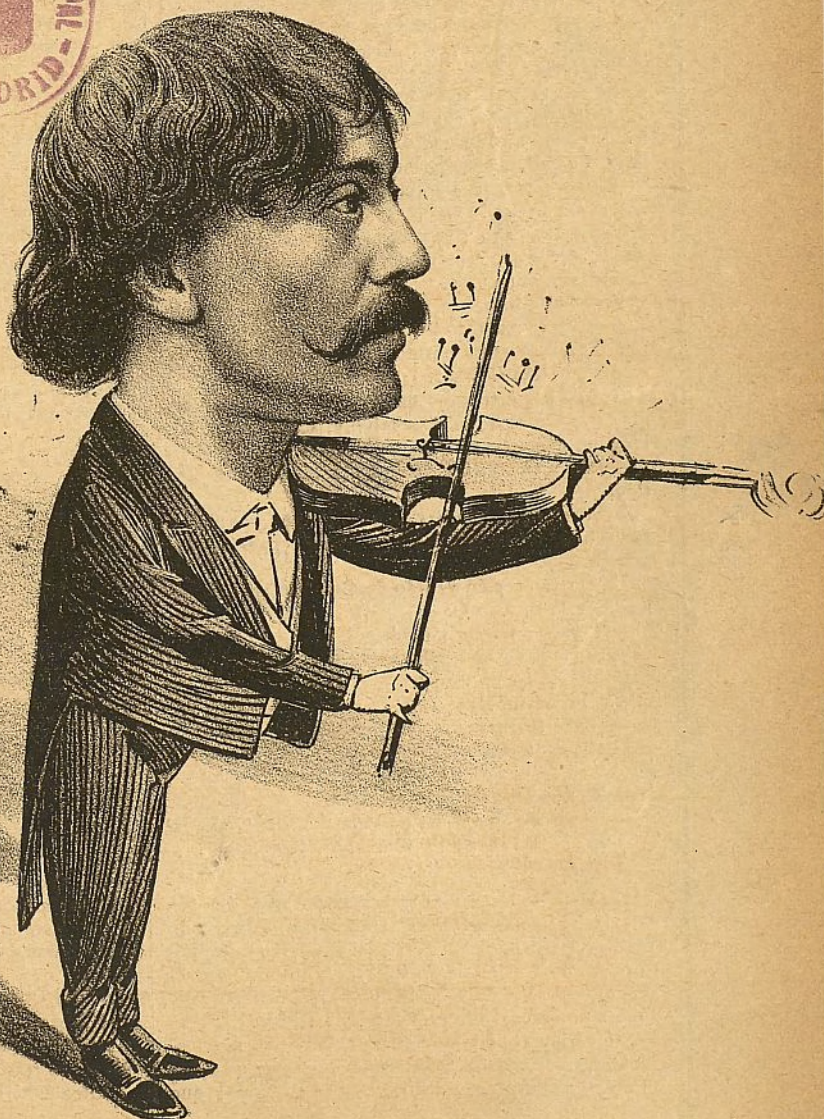
Provincias. . . . . 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.

LIT. MIRALLES. UNION IT.

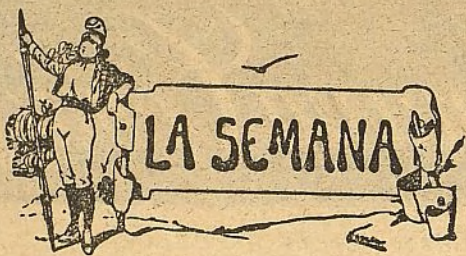
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTROS ARTISTAS, POR ESCALER



PABLO SARASATE





Si llegamos á quedarnos sin Alhambra, Cánovas hubiera tenido que seguir el ejemplo de Boabdil el chico, saliendo del poder más que á escape y dando el suspiro del moro, si no á la entrada de Sierra Bermeja, por lo menos en la Sierra del Guadarrama.

¿Qué hubieran dicho las demás naciones viendo que el partido conservador no conserva siquiera las joyas arqueológicas de la nación?

Pero, lejos de recoger censuras, el partido gobernante amontonará plácemes dentro de poco.

Siendo, en efecto, tan leves los desperfectos sufridos por el alcázar granadino, la restauración se llevará á cabo pronto y bien.

¿Como que el partido conservador es especialista en restauraciones!

Y con esta, serán ya cinco ó seis las medias suelas artísticas que actualmente estamos echando á nuestros monumentos.

En Sevilla le ponen perneras á la Catedral, en Toledo le arreglamos los forros al claustro de San Juan de los Reyes y hasta el *Peral* vá á sufrir un recorrido allá en Cádiz.

En suma, que al cabo de unos años la arqueología española será tan respetable y, sobre todo, estará tan flamante como el cuchillo del cuento:

—Pero ¿es posible que esta arma sea tan antigua?

—Si señor; lo que hay es que el año pasado le puse hoja nueva y este año le he puesto otro mango.

Un catalán recién venido de Granada me dió noticias de la catástrofe:

—Todo se ha perdido ¿eh?

—Sí; todo se ha perdido menos el honor... y el patio de los Leones.

—¿Qué lástima!

—¡Bah! No haga V. caso; aquello era una anti-gualla y nada más.

—Bien se vé que V. es poco artista.

—Bien se vé que soy muy catalán.

—Entonces ¿qué le ha gustado á V. en Granada?

—¿A mí? La plaza de Biba—la—Rambla.

\*\*\*

En vista de los brillantes resultados que dan en el extranjero las grandes maniobras, sobre todo desde que se aplican las cerillas sin humo—la pólvora sin humo, he querido decir—y los fusiles tartamudos, ó de repetición, hemos resuelto echar también nuestro cuarto á espadas... y á fusiles.

Sin perjuicio de anunciar la función por carteles, podemos adelantar á nuestros lectores que el ejército de Cataluña es el destinado á maniobrar, que

los oficiales de Estado Mayor han ido á Calaf para estudiar la cuestión sobre el terreno y que esta batalla de los campos calatanes será más famosa que la de los campos... Cataláunicos.

Más ruido armará, sin duda alguna.

Porque en aquella no hubo armas de fuego, que yo sepa.

Y en la proyectada emplearemos la tan acreditada pólvora detonante; que ese lujo de pólvoras sin ruido no es para el país de los cohetes, de las tracas, de los petardos y de los fuegos artificiales.

Dícese que vendrá á dirigir las maniobras el ministro de la Guerra, pero yo creo que resignará el mando en alguno de sus compañeros de Gabinete; porque para un simulacro de combate, nada mejor que un simulacro de ministro.

Los labriegos tiemblan pensando en los alojados, pero la *high-life* de las cuatro provincias prepara sus trenes y organiza giras y expediciones al campo de maniobras.

—¿Usted irá, Mercedes?

—¡Ay! no lo sé, porque me temo que haya bajas.

—En el ejército de ningún modo. Si acaso, entre ustedes...

—Pues eso es todavía peor.

—Y ¿qué quiere V. hija? Todas las que vayan no han de ser tan altas como V.

La gente divertida adivina en estos espectáculos una nueva clase de *sport*.

El *sport* guerrero; que es ahora muy «fin de siglo» y será muy «fin del mundo» si se arma la gorda.

\*\*\*

Había un pueblo tan mal administrado y tan desatendido en materia de servicios públicos, que á todas horas corría el agua de los riegos por enmedio de la calle.

Y dicen que un vecino exclamaba, arremangándose á toda prisa los pantalones:

—Aquí todo anda fuera de camino, menos el agua.

Apliquemos el cuento á la totalidad de la nación, en donde una de las muchas cosas que siempre están fuera de camino es el ferrocarril.

Y á esta provincia ha tocado en suerte el descarrilamiento de la última extracción.

Sepa el Gobierno que el correo de Valencia se ha salido de las *vías* legales y que esto necesita un freno, ó un guarda freno, mejor dicho.

La *ailigencia*, que es una virtud contra la pereza, va á ser también una virtud contra el feo vicio de viajar en ferrocarriles.

Mal que nos pese, vamos á tener que resucitar las galeras aceleradas, las postas y las Malas, ya que por las buenas es muy poco lo que conseguimos.

Y aunque las compañías se esfuercen en atraer al público por medio de los billetes baratos, trenes domingueros, viajes circulares, etc., etc., de hoy en adelante serán muy pocos los que caigan en la red.

En la red.... de ferrocarriles.

No pasará una semana sin que veamos en los extractos de la *Gaceta* que publican los periódicos, la siguiente resolución de la Presidencia del Consejo:

«Real Decreto resolviendo á favor de la Dirección



de Beneficencia y Sanidad la competencia surgida entre esta y la Dirección de Obras públicas sobre cual ha de ser la que entienda en asuntos de ferrocarriles».

—¡Oh, D. Melchor!—oí decir el otro día; —por fin ha llegado V. de París.

—Sí señor; gracias á Dios he salido de apuros, de alarmas y de sustos.

—Y ¿en dónde ha venido V.? ¿en el *Sud-Express* acaso?

—No señor; en el *Sudes* pez.

*A todas y á ninguna  
mis advertencias tocan;*

es decir, que en este asunto, las Empresas ferroviarias no deben tenerse envidia unas á otras.

En la esencia son todas iguales.

*E iguales también en los accidentes.*

—¡Oh! —me decían una vez; —Fulano ha sufrido mucho; cuenta y no acaba refiriendo sus aventuras.

—Sí ¿eh?

—Pues ya lo creo; ¡como que ha estado muchos años en el Norte!

—¿En la guerra?

—No, en la compañía de ferrocarriles.

Bastan tres letras para dar á conocer una poderosa empresa de transportes.

En Francia: P. L. M. (*Paris-Lyon-Mediterranee*)

En España: M. Z. A. (*Madrid-Zaragoza-Alicante*)

Y en ambas naciones, son también muy apropiado para el caso estas otras iniciales:

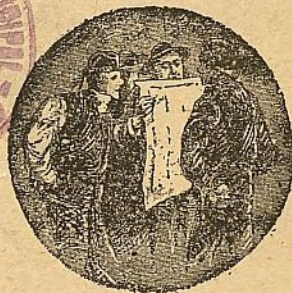
R. I. P.

¿No han observado Vdes. por esas calles gran abundancia de chicos viudos y de viuditas jóvenes?

Pues el fenómeno se explica fácilmente.

Por los viajes de novios.

LUÍS ROYO VILLANONA.



## PROMESAS QUE NO SE CUMPLEN

—Hoy, desde esta ventana,

por mi rosál cubierta, voy á verle.....

Toda la noche pensaré... y mañana decidida quizás esté á quererle.

Ya vino... Mira aquí... Torvo es su gesto...

¡Qué afán!.. Mas no hay temor; aunque investigue, verme, como quisiera, no consigüe.....

¡Bendito sea el tiesto!

Bien merece el cuidado que he tenido

porque llegara á florecer un día;

ya la rosa aromática ha surgido

del único capullo que tenía,

y forma este ramaje

tapiz fresco y tupido,

burlador del afán de un personaje

que viene con arranques de marido.

¿Pero qué? ¿pero qué? ¡Dios soberano!

Pretender ocultarme ha sido en vano;

fué la ayuda del tiesto falsa ayuda.....

¡El me ha visto sin duda,

y me está haciendo señas con la mano!

¿Qué me pide? ¿Esta rosa?

¡No puede ser! ¡que no!... Sigue insistiendo,

y, aunque gozo al mirarla tan hermosa,

que cederé estoy viendo.....

¡Y ese mozo es gentil! ¡Cómo ha mirado!

¡Sin pensar lo que hacía la he cortado!.....

¡Qué tentación! ¡La beso?....

Es el último adiós... pero él me observa...

y pensará tal vez... ¡Bah!... con reserva,

tras el ramaje espeso...

¡Uno! ¡Dos! Bien: á él vas, y tal agravio

disculpe el que el amor todo lo doma;

puedes vengarte, sí: ¡pierde tu aroma

para que aspire sólo el de mi labio!

No temas nunca que te dé al olvido;

guarda tú mi secreto,

que en cambio te prometo

cuidar mucho del tiesto en que has nacido!

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

LUIS DE ANSORENA.



DÍALOGO, POR PONS.



—¿Me traerás el aderezo?  
—¡Toma! ¡y tres más!  
—¡Ah, bueno; entonces me traerás cuatro aderezos!



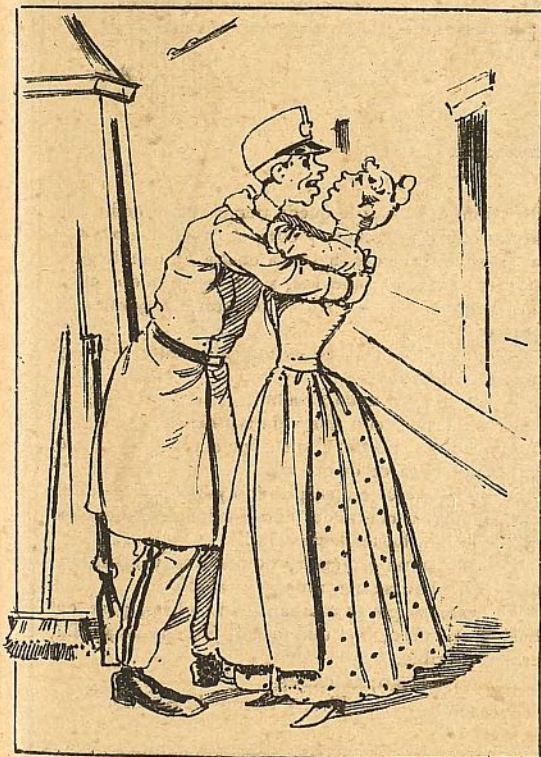
TROCAR LAS ARMAS, POR CILLA.



—¡Anda, anda! El sol ¡cómo pica!



—¡Paleta! ¡tú por aquí!



—¿Me das un besito?—Si



¡¡El capitán!! ¡Huye, chica!



## DESPUES DE LOS BAÑOS

—¡Mi querido don Ciriaco!  
—¡Mi querido don Gaspar!  
—¿Dónde ha estado Vd. metido,  
que hace dos meses ó más  
que no le veo?

—¡Pues hombre!  
¿En dónde había de estar?  
En donde están las personas  
de la buena sociedad;  
á donde va la *higie liffe*,  
mejor dicho, la *jai lái*.  
¡He estado de baños!

—¡Hola!  
—De baños de ola, ¡cabal!  
—¿En Biarritz acaso?

—¡No!  
Más cerca: en San Sebastián.  
—¿Usted solo?

—Con mis niñas  
y con mi cara mitad,  
y con Paca la criada  
y con el criado Juan,  
y no hemos llevado el perro  
por una casualidad.  
—¡Barato le habrá salido  
el viajecito!

—¡Ya! ¡ya!  
Pero, amigo, la familia...  
y el afán de figurar,  
y el ver si las cuatro niñas  
se casaban por allá,  
—porque lo que es, en Madrid

no se las puede aguantar, —  
fueron razones sobradas,  
como usted comprenderá,  
para meterme en un gasto  
que no puedo soportar.  
Yo me oponía á ese viaje,  
pero el empeño era tal,  
que al fin empeñamos todo  
lo que había que empeñar,  
y estuvimos mes y medio  
viviendo en San Sebastián,  
lo que, á más de cien disgustos,  
me ha costado un dineral.  
¡Y todo por ser yo débil!  
Por no saber dominar  
y por ser un calzonazos  
y un tonto y un animal.  
—Dice usted perfectamente.  
Es una barbería.  
El hombre debe ser hombre  
y tenergenio, y mandar,  
y ser amo de su casa  
é imponer su voluntad  
á todo bicho viviente  
si quiere vivir en paz.  
Mi mujer hace dos años  
me vino con el cantar  
de que le diera dinero  
para ir á San Sebastián...  
—¿Y usted se lo dió?

—¡Un demonio!  
¿Que se lo había de dar?

Le dije que se aguantara  
como lo hacen los demás;  
volvió á insistir, pero yo  
le pegué un tantarantán,  
y desde entonces no ha vuelto  
á hablarme de veranear.

—La receta es algo fuerte.  
—Pues, amigo, es eficaz.  
—Tiene usted mucha razón,  
pero yo soy como el pan  
y todo el mundo me manda  
y me tengo que callar,  
y ni soy amo de casa,  
ni marido, ni papá.

¡Qué mes y medio he pasado,  
mi querido don Gaspar!  
Para colmo de mis males  
todos estuvimos mal.  
Yo he tenido diez flemones  
con la pícara humedad;  
mi mujer estuvo en cama  
con catarro intestinal,  
y á una niña, le ha salido...  
—¿Algún novio?

—¿Novio? ¡Quíá!  
Le ha salido una erupción  
con el salitre del mar.  
Pero, en fin, todo ha pasado,  
y aquí me tiene usted ya  
con algunos cuartos menos  
y algunos ingleses más.

VITAL AZA.

## ESTOCADAS.

Sí, señores, París es el país de los desafíos.  
¡Cualquiera va á vivir á París!

A lo mejor tropieza uno con un *monsieur* y le  
mete uno la punta del bastón distraidamente por  
un ojo. ó le pisa un callo. ¡Para qué quiere más! El  
*monsieur* echa incontinenti mano á la cartera y saca  
una tarjeta.

—Dispense *vous*—exclama el que la recibe, cre-  
yendo que le pide algo, y excusándose por el pin-  
chazo ó por el pisotón.

Pero el otro le cierra el paso haciendo ademanes  
con los puños, como si quisiera hacerle un chichón.  
Y ya tiene V. un compromiso que termina en  
duelo.

Eso de las *Coulisses boulangistes* está produciendo  
muchos disgustos.

Hay hombre que no tiene tiempo para sentar-  
se ni para dar un pellizco á su esposa, por rubia  
que sea. Se levanta al amanecer y como alma que  
lleva el diablo corre á batirse con A.; después del

desayuno apenas si le queda tiempo para medir sus  
armas con B.; descansa y corre á desollarse con C.;  
y así sucesivamente, hasta la noche, en que llega á  
su casa rendido y jadeante, sin haber podido ape-  
nas llegar á la M. Antes de subir, pregunta á la  
portera:

—¿Quiere V. decirme, señora Marmotte, si estoy  
muerto ó herido?

—No le noto nada al señor; ¿le duele algo?

—Nada; pero con una vida tan *lanceada* como la  
que uno lleva, no tiene uno conciencia de si vive ó  
habla por boca de otro.

Y sube la escalera suspirando y pensando en el  
día siguiente, contando con los dedos los duelos  
que le faltan, hasta llegar á la Z.

Porque es tal el número de desafíos pendientes,  
que ha de batirse con todo el alfabeto.

Y, vamos, que se rompan los hombres, pase en  
buen hora; pero, ¡ay! que se estropeen las mujeres...  
esto es terrible.

Y sin embargo, es cierto.

Madames Betay Bl... y Jeanne de Sain D. han



llegado al terreno del honor... á pesar de ser dos *demimondaines*.

La sangre no llegó á correr, pero ¿quién duda que pudiera haber corrido?

Decían que con ella se había de lavar la ofensa.

¡Para qué se vea con qué líquidos lavan las cosas en París!

La policía apostada en el *Bois de Boulogne* parodió la escena aquella de Abraham, cuando iba á despachar á su hijo para el otro mundo; es decir, hizo el papel del angel, deteniendo los aceros en el aire.

Las *madrinas* dicen que dicen que sufrieron mucho.

Quedaron estupefactas cuando las dijeron:

—Deseo que me sirvais de madrina.

—¡Calle! ¿os casais?

—No.

—¿Tal vez quereis que os bautice algun *bebè*?

—¡Tampoco! ¡voy á batirme!

—¡Sapristi!

Y la buena señora se vestía de riguroso luto y se adornaba con flores negras, como si realmente fuera al entierro del honor de su *amadrinada*.

El origen de la cuestión, como es de presumir, fueron los celos.

Los motivó un chico amable, guapo y apasionado y además hijo de un banquero.

Pero tuvo buen corazón y él fué quien dió parte en la prefectura, para que la cosa no llegara á mayores.

Vamos, una escena parecida á las de *La Isla de San Baladrán*.

Hay muchachos de buen ver á quienes no les llega ahora la camisa al cuerpo.

El duquesito de Casacolilla, bello él y que mantiene tres queridas que le aman y le arruinan en alto grado, sufrió un disgusto terrible al leer esta noticia.

Inmediatamente llamó á su ayuda de cámara.

—¡Pedro—le dijo—necesito que me desfigures!

—¿Quiere el señorito que le afeite?

—No, sino que me hagis un chirlo en cada mejilla y me frotes con cosmético negro la pared izquierda de la nariz. ¡Quiero ser feo!

—¡Qué oigo!

—¡Ay, si! de otro modo daría lugar á que corrieran ríos de sangre.

Este ejemplo debe ser seguido por esos chicos gomosos que lucen sus encantos ¡ay! en velocipédo ó á pata. Sacrifiquen ellos su belleza, dejen en paz los corazones que laceran con sus miradas aviesas y malévolas, ¡pícaros! y se verá como las damas celosas no toman el ejemplo de las *demimondaines*.

De otro modo, con pena lo decimos, las chicas más bonitas se estoquearán despiadadamente y quedarán de desecho.

Vamos, con los rostros descosidos y la hermosura inutilizada.

JULIO VICTOR.

## LOS EXTREMOS

Va de cuento, caballeros, y, por si alguien lo destripa, sepan padres y tutores que en historia el cuento pica.

En esta tierra de España, no sé si en ciudad ó villa, un honrado matrimonio tranquilamente vivía, sin otras aspiraciones

que la muy santa y bendita de encontrar hombres formales para esposos de sus hijas.

Eran estas cuatro, y todas de figura tan distinta, que ni el más tonto al mirarlas, por hermanas las tendría.

La mayor de veinticuatro, de diez y seis la más niña, no eran los años, por cierto, lo que más las distinguía; y hasta la edad se olvidaba, si en tertulia ó en familia, mostraban juntas las otras diferencias enormísimas.

Era una, por su desgracia, extremadamente linda (que á veces en las mujeres

la hermosura es la desdicha);

y tan pura de facciones y tan correcta de líneas, tan atildada en sus formas y en sus matices tan limpia, que semejaba una de esas preciosas esculturitas que en ricos escaparates encanto son de la vista.

Reverso de la medalla, la que en edad la seguía, era un tanto peli-rucia y unos cuantos oji-bizca; y su boca era tan grande, que ir buscando parecía un botón en cada oreja con sus ojos de presilla, si bien los aventadores que por orejas lucía, huyendo de tales burlas á la nuca se corrían.

Nada de hermoso ni feo se encuentra en la mayorcita, si no es que, mayor en años, se resiste á la medida; y tan estrecha y tan corta aún con faldas, moño y cintas,

que un escrúpulo parece de burlona homeopatía; y en medio de las hermanas, cualquiera la tomaría por muñeca que conservan desde la infancia vestida.

La menor es el contraste que á pensar tal vez convida, si por subirse á mayores, como la goma se estira.

Aun empalmadas las otras, más alto ella sola pica, y no la excede el más grande gastador de la milicia;

y eso que se encorva un tan'o, porque, por su talla misma, ante las puertas más altas forzosamente se inclina.

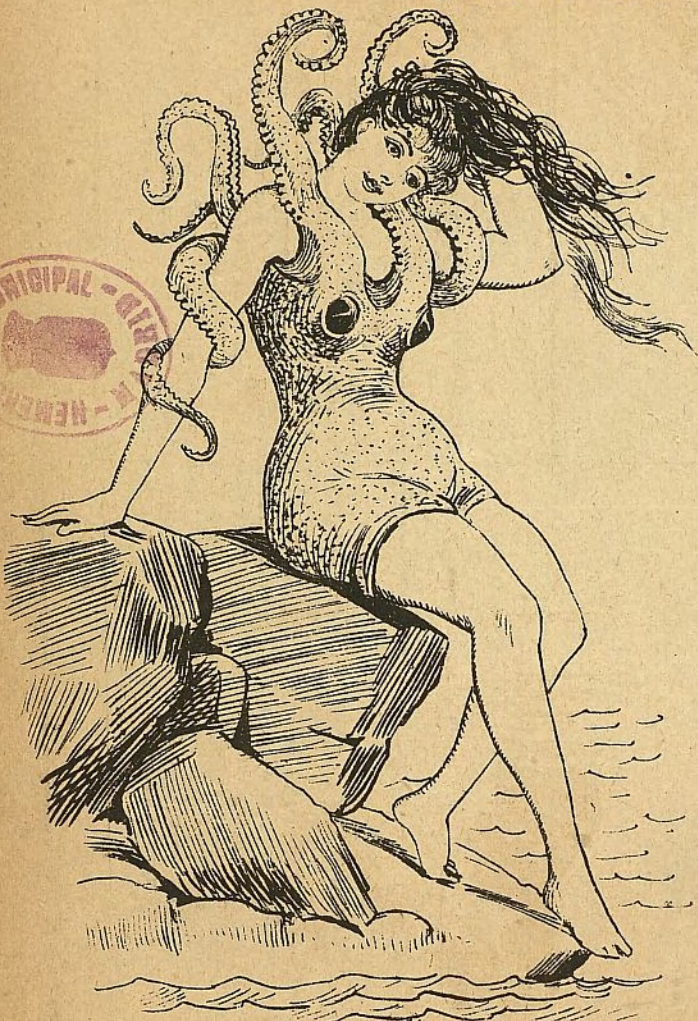
Con tan extraños extremos como Dios les dió por hijas, los padres encuentran hombres más de *casacas, per istam*.

¡Habla alguno con la fea por lo buena y modosita? «Mas si me caso—se dice—me van á dar una silba.»

Obsequian ciento á la hermosa;



# RECUERDOS DE LA PLAYA, POR MOYA.



Este traje sencillo,  
y hasta elegante,  
es usado por nuestras  
*demi-mondaines*.

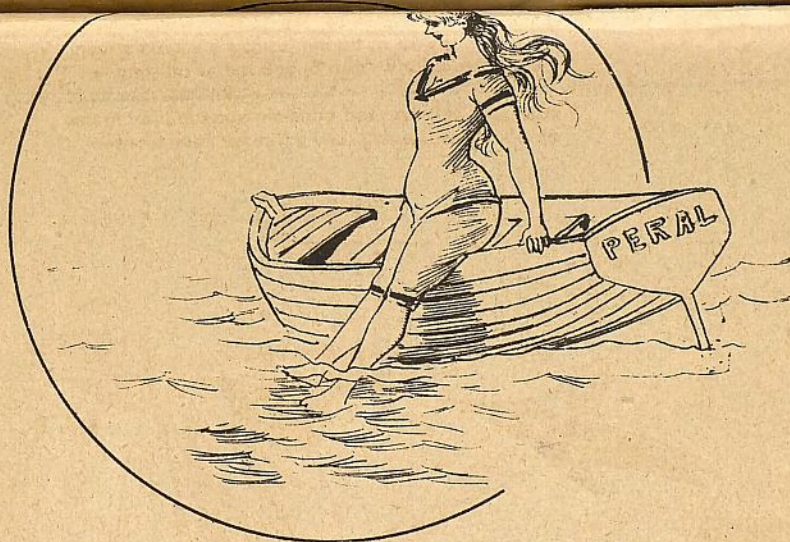


—Estoy muy ofendida con Pepito, su amigo de usted, porque anda diciendo por ahí que soy una aventurera mejicana.

—Pues no sé por qué lo dice, porque mejicana... bien le consta á Pepito que no lo es Vd.



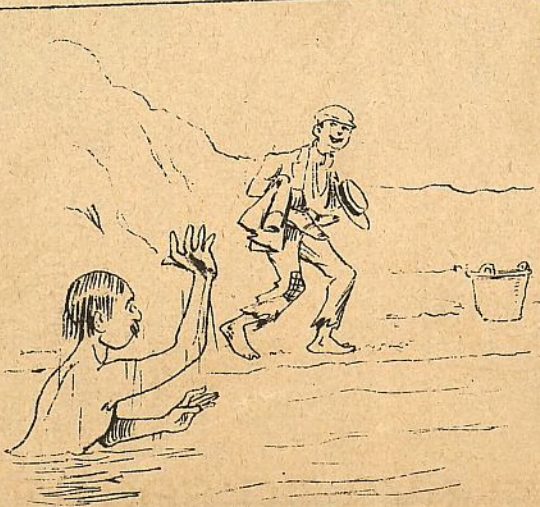
—¡Por Dios! ¡no me coja Vd. por tanzarriba!



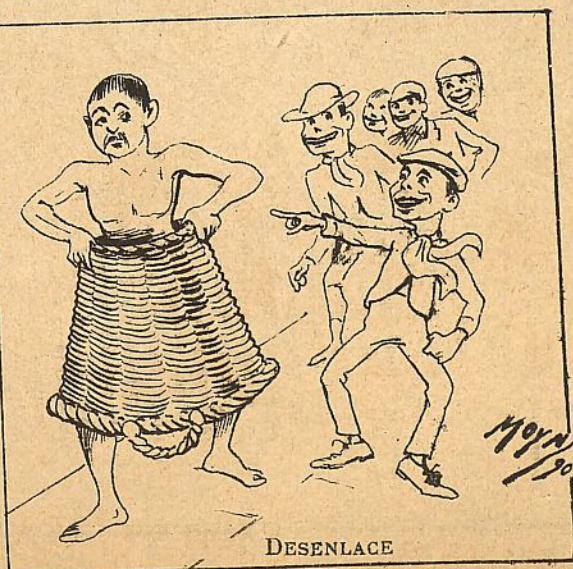
....que es una de las razones que existen para que al *Peral* se le recalentase la chumacera.



EXPOSICIÓN



NUDO



DESENLACE



pero es tal la golosina,  
que futuras competencias  
á escamarse les obligan.

Se acerca aquél á la enana;  
mas ¿quien á tener aspira  
*per media naranja* un gajo  
de las que nacen en China?

Llega el otro á la gigante;  
mas al punto se retira,  
porque avergüenza al más largo

mujer que tanto domina.

Y ahí tiene usted en aprietos  
á un buen padre de familia,  
á todas horas burladas  
sus esperanzas legítimas.

Él educó á las doncellas,  
él para esposas las cria;  
y aunque con madre modelo,  
ninguna de ellas se envicia;  
como de *viciosos* todos

*los extremos* se acriminan,  
alta y baja, hermosa y fea.  
ahí se están sin que las pidan.

Y así seguirán las cuatro  
sin olor de Vicaría,  
por muy fea, por muy guapa,  
por muy grande y por muy chica.

E. BUSTILLO

## ¡CU-CU!

### I.

La picaresca, desarrapada é impia musa crítica que fustiga en las grandes ciudades á tantos poetas, pensadores, cómicos y caricaturistas, ha llegado á los apacibles campos, ha inspirado á Zamarrin, pillo de arrabal, zagal de una media docena de cabras por primavera y otoño, trillador en verano, demandadero ó paseante y sin oficio, pero con beneficio de colillas, propinas y otras gangas en los inviernos, grande enemigo de los monagos y del peine y del agua limpia.

No hace mucho tiempo que la cara morenucha, la boca desdentada, los ojos malignos, la cabeza greñosa de Zamarrin, asomó por cima de unos espesos trigales verdes, como un fáuno, como un sátiro, lanzando el grito del escándalo, semejante al que repitieron las cañas al revelar el terrible secreto del rey Midas.

He aquí como hubo de ocurrir el caso.

Don Genaro y D. Miguel, dos reverendos canónigos de la ciudad, amigos, compañeros de coro y de paseo, casi de la misma edad: treinta y nueve años uno y ya entrado en los cuarenta y dos el otro, marchaban sosegada y gravemente por un camino entre dos filas de magníficos árboles.

Iban, como solían ir todos los días, á la misma hora y al mismo paso: el rostro muy serio, la mirada ó muy austera ó muy tímida; ya divertidos en plática lenta, suave, á pausas de larga duración, ya en silencio absoluto y como muy preocupados en meditaciones profundas y laboriosas.

Las gentes habían formado acerca del uno y del otro opiniones diversas, que habremos de apuntar aquí, lavándonos las manos y sin formar por nuestra parte juicio alguno; bien como severos historiadores, para los cuales un regalado gozo es la verdad, la imparcialidad un desahogo y la suma de opiniones ajenas, datos opuestos y referencias extremas, caudal rico, filón precioso, para que allá el que leyere forme sus juicios según sus muchas ó pocas luces.

Don Genaro era barbilindo, delgado, de rostro trigüeño, mano fina, elegante y blanca, sonrisa afable y ojillos grises; llevaba gafas de armilla de oro, su voz era suave, su palabra pulida y zalamera; en el púlpito predicaba sermones, de mermelada por lo dulces, y muy floridos y repicoteados.

«¡Un angel!» decían unos; «un gatito de salón», añadían otros; «un cuco» afirmaban sus colegas del cabildo.

Don Miguel era moreno, ceñudo hosco, de voz recia, temperamento robusto, algo cazador, de oratoria atronadora y carácter impetuoso y vehemente.

«Un santo apostol», decían unos; «un gato montés», añadían otros; «un cuco» afirmaban sus colegas del cabildo.

Como se vé, á los dos se les tenía por cucos. Pájaro que deja sus crías en nido ageno.

### II.

Pues señor, que como íbamos diciendo.... iban ambos anda que te andarás, sin rémora ni espuela, sino que á buen paso regular, no de soldados sino de reverendos. D. Genaro era un poco poeta y miraba de vez en cuando á los campos y á los siempre sorprendentes, por los variados, reflejos celajes que lucen en la cima crestada de la sierra.

Don Genaro era menos bucólico, pero más mundano y echaba sus rápidas miradas de rebusca entre los grupos de paseantes que hallaban á su paso.

—Está buena la tarde—dice D. Genaro.

Nada tiene que replicar á esto D. Miguel y siguen caminando silenciosos, asentando bien los pies calzados con anchos zapatos de hebilla de plata.

—Mire V. qué lozanos están estos pradezueros. Parece que la frescura de esta parte da á la hierba un color jugoso y brillante.

—¡Pchs!—contesta con indiferencia y burla don Miguel:—*¡pinturas!*

—Hombre, siempre está V. lo mismo.... replica don Genaro; y añade con tonillo irónico: Usted no ama la naturaleza.

—Pinturerías y filosofismo.... Naturaleza es palabra sospechosa.

Nuevo silencio, durante el cual fueron alejándose, alejándose, por todo lo largo de la alameda, hasta no hallar gente alguna, ni oír otro sonido que el piar de los pajarillos que revoloteaban por los altos árboles.

—¿Estuvo V. en la plaza? Hoy ha sido día de mercado, exclamó con sorna D. Genaro. Seguro estoy...

—¿De que habré ido? Pues se equivoca V.. Yo no voy hasta que no llega el tiempo del buen albillo cebrereño, la pera de agua, el rico melón como azúcar y los quesos de Avila.

—Pero hay delicadísima fresa de la Granja....

—¿Cómo toma V. la fresa?

—Como el señor Arcedianio: con vino de Rueda.

—La prefiero con leche.

—También es buen regalo, amigo mío, también es buen regalo....

—Usted la habrá tomado con cosa más fina en casa de la señora marquesa de Rivedalbajo.



—¿Volvemos á las andadas? ¿Qué quiere usted decir? exclamó D. Genaro con un poco de blando enojo.

—Que habrá tomado fresa con Champagne. Porque en tales casas tales gustos.... y bien se sabe que los de mi señor D. Genaro son superfinos.

¿Cómo decir que en esto había muy encubierta intención? Como que uno y otro, por modo convencional, se entendían, bromeaban, zahirándose á su manera. Ello fué que D. Genaro quedóse mal humorado y grave y á poco habló de un su vecino confitero, casado con una rozagante mocetona que, siempre al mostrador, daba tertulia y ofrecía diario palique á D. Miguel todas las tardes.

Y al hablar de esto D. Genaro, oyóle D. Miguel con sonrisita maligna y poniendo ojos cada vez más encendidos y suspicaces.

—¿Párecete que nos sentemos en aquel ribazo? dijo D. Genaro.

—¿Cómo! ¿en el suelo?

—Nadie nos vé.

—¿Nos oirán?

—Nadie nos oye.

Y así fué que ya el sol iba cuasi á tocar la línea segura y recta de las lejanas llanuras de Tierra de Campos, y con toques de rojizo cobre y vahos de brumas azuladas bajo los negros ápices picados se mostraba la sierra, cuando arremangándose los negros hábitos, se sentaron en la hierba los reverendos, colocando los grandes sombreros de teja uno con otro sobre una piedra.

Sacó D. Miguel su petaca y de ella un cigarrillo, lo encendió y se puso muy complacidamente á fumar.

—Sabido es, amigo D. Genaro, lo que de Vuestra Reverencia dice la gente mala de la ciudad; pues dígame y no le quede ganas de bromear conmigo... Dícese que la señora marquesa es una rubia de buen ver, blanca.... y que estima á V. R. mucho, y que V. R. está como estuvo siendo de ella muy devoto.... ¿entiende? y llegan á ver de modo la cara de los chicos de S. E., que hallan parecido en ellas con la sacra persona de V. R.

—¡Cú-cú!—gritó en esto, atisbando á los reverendos desde los trigales, el picaronazo de Zamarrín.

Ambos reverendos se miraron.... y se echaron á reir.

—Los pájaros hablan, exclamó D. Miguel.

—¿Los pájaros? replicó un poco inquieto D. Genaro, echando por todas partes recelosas miradas. No me parece que sea eso, sino a'gún pajarraco. Al fin se calmó D. Genaro y aun recobrando bríos, dijo por su parte:

—Pues mire lo que son las lenguas. se dice que mi buen amigo D. Miguel da los moldes para los angelitos de la confitería.

—Si se dira.

—¡Cu-cú! tornó á gritar Zamarrín, alzando y bajando rápidamente la cabeza.

Nueva alarma de D. Genaro; pausa prolongada en la conversación.

—¡Cú-cú!...

—¡Ah! clamó con enfado D. Miguel, levantándose; es ese pillete guarda-cabras, Zamarrín.... Vámonos, vámonos de aquí, ó voy allá y la emprendo con el muchacho á coscorriones.

—¡Cú-cú, cú-cú, cú-cú!

Y el cú cú se fué repitiendo y se fué prolongando hasta que D. Genaro y D. Miguel, que habían entrado en la alameda, iban camino de la ciudad y aun cuando, ya á gran distancia, el toque de *Angelus* les detuvo á orar, oyeron el lejano ¡cú cú, cú cú! acusador.

Ni aun en los campos podían hallar paz y respeto... Allí, sobre miles de espigas, como por cima de miles de cabezas de una muchedumbre, la grotesca faz del pilluelo campesino cantaba su burla audaz.. su impertinente cú-cú, diciendo luego á otro muchachillo que por allí andaba:

—Los he *conocío*... son los cucos.

¡Habrá picaro, sin crianza, irrespetuoso y endiablado!

JOSÉ ZAHONERO.

## A LA LUNA

Vos, mi señora Lucina,  
la comadre del Olimpo,  
si es que asistís á las musas  
en sus partes peregrinas,  
prestad ayuda á la mía,  
que hace tiempo está en peligro;  
de dar á luz un romance  
en vuestro obsequio y el mío.

¡Cuán tas noches, desvelado,  
desde mi ventana os miro,  
y pienso en las muchas cosas  
que de vos el hombre ha dicho!  
Carillena, pareceis  
peseta lisa y con brillo  
y estais más examinada

que un estudiante borrico;  
más mirada que la lengua  
por médicos precavidos;  
más cantada que la mira,  
y más pálida que un tísico...

Lámpara os llaman los vates,  
cuando sois candil antiguo,  
que, aunque esté lleno de aceite,  
siempre dá el resplandor tibio.

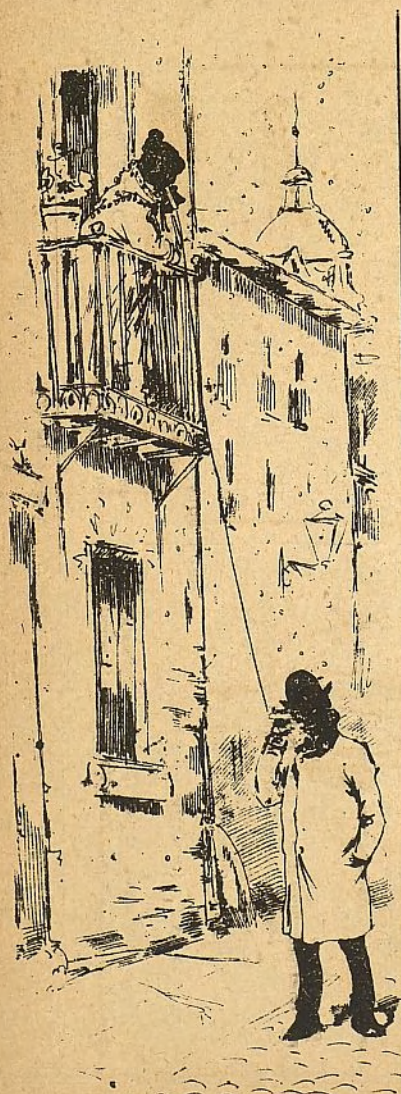
Unas veces estáis flaca,  
tan flaca, que no os diviso;  
y otras, debeis comer tanto  
que os hincháis como un botijo.  
Esos extremos, sin duda,  
flemones os han traído;  
pues teneis, á temporadas,

desiguales los carrillos.  
De la luz que os presta Apolo  
bien sabeis sacar partido:  
que al cabo de treinta días  
rentais cuatro cuartos fijos.  
¡Yo los tengo á todas horas,  
sin que me sirvan de auxilio,  
que en vez de vestirme de ellos  
los he de llevar vestidos!

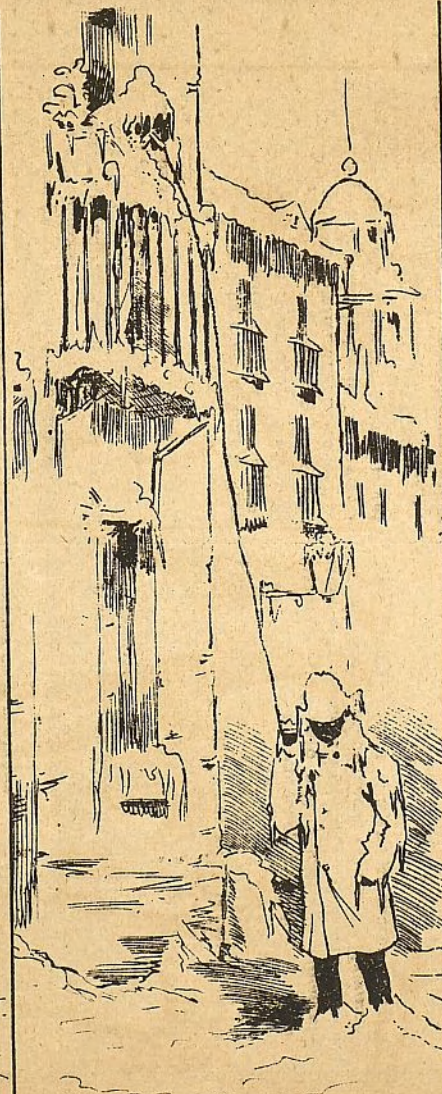
Ya sereis gran profesora  
en el calcetero oficio;  
que estais *creciendo y menguando*,  
no se sabe cuántos siglos.  
¡Bien pueden llevar calcetas  
los luceros, vuestros hijos,  
y buenos gorros Apolo



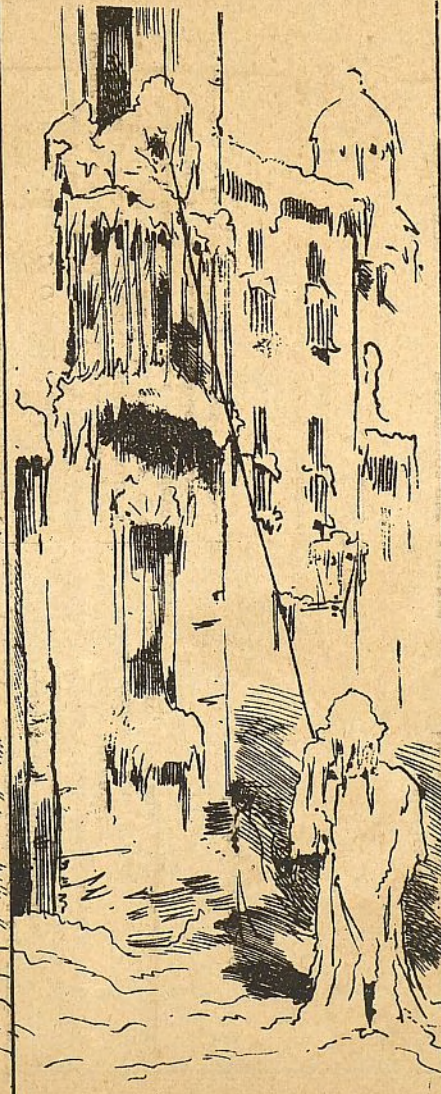
LOS QUE AMAN, POR «MEGACHIS»



—Tuya es mi corazón.—Tuya mi suerte.



—¿Me olvidarás?—Jamás. Antes la muerte.



—¿Tanto me adoras?—Sí, lucero mío.



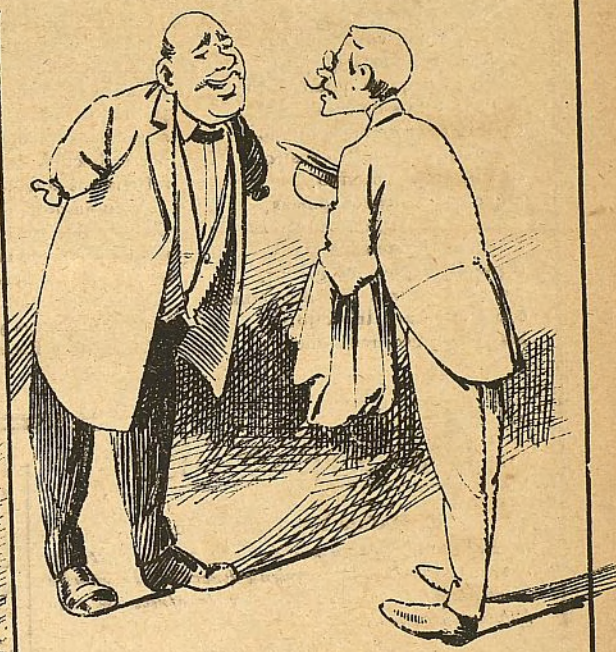
—¿Tienes frío, mi bien?—¡Si no hace frío!



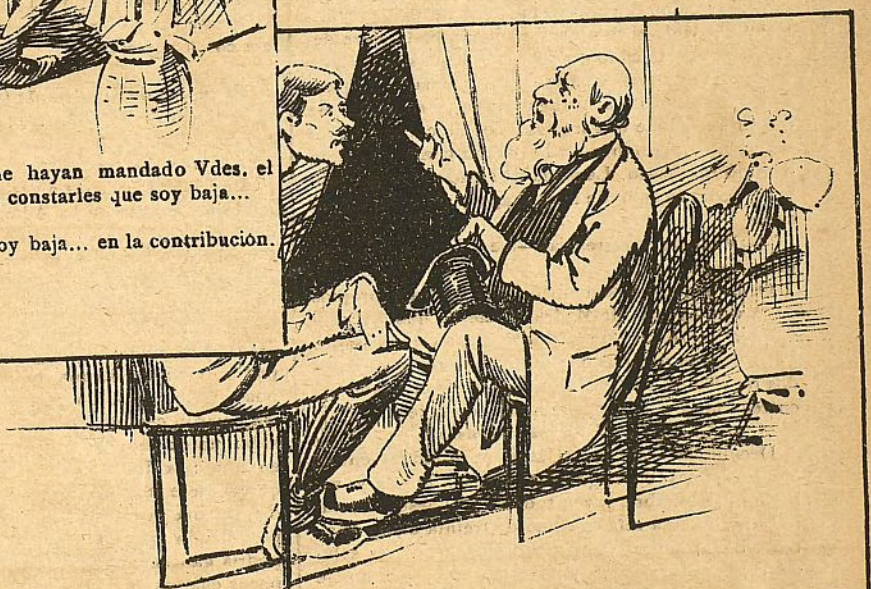
CONTRADICCIONES, POR ESCALER



—Me extraña que me hayan mandado Vdes. el recibo, cuando debía constarles que soy baja...  
—¿Usted, señora?  
—Si, señor: que soy baja... en la contribución.



—Beso á Vd. la mano.  
—¿Si, eh?



—Pues aquí donde Vd. me ve, ahora mismo acabo de salir de la quinta.  
—¿A los setenta años, D. Ambrosio?  
—Hombre, no parece sino que á los 70 años no se puedan tener quintas en San Gervasio.



cuando tenga romadizo!

Dicen que debeis las *puntas* á Febo vuestro marido, porque fecunda á la tierra, sin hacer con vos lo mismo. Aunque Febo está quejoso diciendo, á quien quiere oírlo, que soleis iros de casa cuando él ya se ha recogido. Y mostrando vuestro rostro dais ocasión y motivo, á que os requiebren poetas, á que se os burlen los chicos, á que os retraten los lagos, á que os festejen los grillos, y á que os miren los astrónomos con un descaro inaudito. Mas yo aquese trasnocheo

á curiosidad lo aplico, que como luna y mujer no han de faltáros caprichos. ¡Vos sabeis desde esa altura cuántas cosas habreis visto! ¡Cuántas virtudes fingidas! ¡Cuánto solapado vicio! ¡Cómo os reireis, oyendo á cronistas fidedignos, narrar hechos, de los cuales fuisteis vos sola testigo!

Y en amores, ¿quién os tose? Cuando maestra habeis sido y sois, á más de maestra, tercera en tan tierno oficio. ¡Cómo os encandilariais mirando á Eneas y á Dido, á Abelardo y Eloisa,

á la Cava y D. Rodrigo!

¿Qué galán no os dice todas sus penas en dos suspiros? ¿Qué mujer no envidia, á veces, lo casta que habeis vivido? ¡Cuántas Dianas y Acteones vereis por nuestros callizos, ellas mostrando sus talles, y ¡el os llevando el castigo!...

Mas me he empeñado en cantar (ros

y no sé lo que os he dicho; termíname pues mi romance, y perdonadme el estilo. De lunático y poeta siempre di claros indicios, en lo vano del discurso y en lo hueró del bolsillo.

GENARO GENOVÉS.

## MARTES TRECE

### I

D. Rafael Fernandez Uñero

*tiene el gusto de participar á V. su enlace, efectuado el MARTES TRECE, del corriente Enero con la señorita doña María de la Paz Bruñido y le ofrece su casa habitación calle de*

*Zurbano, núm...*

Así rezaba á la letra la carta, litografiada en elegante papel hueso, que al sentarme á almorzar me entregó el criado, diciéndome á la vez:

—Aquí tiene usted las vinagreras, señorito.

No recordé al pronto semejante apellido, por más que registré hasta el último rincón de mi memoria, y como delante de mí tenía mi plato favorito, dí al olvido el anuncio de aquella boda, para dedicar todos mis cuidados al aliño de un sobrosísimo trozo de langosta. Mientras el café se hacía, requerí de nuevo la epistola; torné á leerla, y entonces me fijé en un detalle que no dejó de chocarme, tanto más cuanto que el interesado parecía como si hubiese querido recalcarlo. La fecha de su matrimonio resaltaba, por su tipo de letra mayor, del resto de la carta.

—¡Valiente ocurrencia!—me dije—casarse en martes y en 13.

Otros asuntos é incumbencias urgentes y propios de la vida agitada de Madrid, hicieron que no volviera á acordarme de mi incógnito recién casado. Pero estaba de Dios que le tuviese presente; á los dos días recibí en mi casa una visita, y el criado me entregó la targeta consabida, en la que leí:

*Rafael Fernandez Uñero*

Decididamente, aquel Uñero se proponía entrar en relaciones conmigo. Me dirigí á la sala y me hallé á un hombre, joven todavía y apuesto, acompañado de una señora como de treinta años, bastante bella; ambos vestían con elegancia. Les saludé ceremoniosamente, y advirtiéndole que no le conocía, exclamó sonriéndose:

—Eres muy mal fisonomista. Ya veo que no te acuerdas de Rafaelillo Panadizo, como llamaban

á tu compañero de asiento en los duros, pero honrados bancos de la Universidad.

Al punto se me iluminó la memoria.

—¡Cómo! ¿Eres tú?... ¡Tiene razón! pues apenas si he cavilado estos días tratando de recordar tu nombre!... Justo: Fernández Uñero: Panadizo, como te pusimos de mote...

Con verdadera alegría le estreché en mis brazos; hacía ocho años que no le veía; me presentó á su esposa, y como le preguntase por su vida, me contestó:

—Es muy larga de contar, y no tengo ahora tiempo; vete mañana por casa; almorzaremos juntos, y quedará tu curiosidad satisfecha.

Así se lo prometí; quedamos convenidos, y al día siguiente, de sobremesa, me refirió su historia, que era como sigue:

### II

Me separé de la montaña (según bautizaron en el aula al grupo de íntimos que nos sentábamos juntos en el último banco) recién matriculado en Derecho civil, para trasladarme á la capital donde mi padre residía; gracias á sus gestiones, conseguí un modesto destino en la Administración Económica de la provincia. Al principio, todo fueron dulzuras y miel sobre hojuelas; mi cargo me permitía costearme mi carrera y así no le era gravoso á mi pobre padre. Pero al cabo de unos meses dió media vuelta la fortuna, y del pináculo de la felicidad me arrojó al abismo de la desgracia. Perdí primero á mi padre, víctima de una pulmonía fulminante, y al poco tiempo hubo un cambio radical de política, y me dejaron cesante. Yo había heredado alguna cosa: un exiguo capitalito, colocado por mi padre en una casa de banca francesa, y que me daba, si quiera fuese modestísima, su poquito de renta. Nada me retenía ya lejos de mi querido Madrid; y comprendiendo que en ninguna parte como en la corte podría ganarme el pan, hacia acá me vine, con muy pocos cuartos en el bolsillo y con muchas esperanzas en el alma.

Muy cansada é indigesta sería mi historia si entrase en detalles, que en cierto modo huelgan; resu-



miendo, pues, te diré á grandes rasgos que mi vida, al principio y á mi retorno á la corte, fué la eterna y sabida del pretendiente; intenté mi reposición en vano; no pude conseguirla. Por fin, hallé manera de colocarme de redactor en un periódico de oposición, en donde el trabajo andaba bien y las pagas mal. De hecho la fortuna me había vuelto la espalda. Cuando menos lo esperaba, recibí la terrible noticia de que la casa de banca donde tenía mis fondos todos, acababa de declararse en quiebra; reunióse junta de acreedores, pero no pude rescatar nada de mi fortuna, y me quedé pobre como las ratas y atenido á mi escaso haber de periodista. Pude denunciado el periódico varias veces, y al fin murió. Me encontré, como suele decirse, en la calle; di lecciones de francés, preparé algunos chicos para el grado de bachiller, enseñándoles latín, lengua que, como educado en seminario, poseo; me metí á amanuense de escribano, pero tuve que suspender mi carrera, y á vuelta de tanto trabajo enfermé de la vista y me faltó á la postre hasta lo necesario para vivir.

Un día, después de cuarenta y ocho horas sin comer y faltándome el valor para pedir limosna, decidí quitarme la vida, único medio que á mi conturbado juicio se le ofrecía de descansar. Me encaminé, pues, al Retiro, con el firme propósito de arrojarle de cabeza al estanque de las Campanillas. No se me olvidará esta fecha mientras viva: fué un martes del mes de Octubre. Aquella tarde conocí á la que hoy es mi esposa; Dios me la envió al paso para apartarme del camino del mal.

Estaba yo sentado en el único banco que entonces había en la plazuela del estanque, cuando una señora de edad madura y una joven, bellísima por cierto, ambas enlutadas, vinieron á sentarse á mi lado, me saludaron con una ligera indicación de cabeza, y les devolví su saludo quitándome el sombrero.

Su presencia no dejó de contrariarme; me faltó el ánimo para suicidarme delante de aquellas mujeres, y esperé á que se fuesen; pero no se iban y la tarde moría. Yo me daba á los diablos ante tal contratiempo, pero á la verdad, empecé á mirar con menos amor á mis proyectos y á flaquear en mis propósitos.

La voz de la niña tenía un encanto tan grande, que sin importarme lo que hablaban ni fijarme en lo que decían, escuché con avidez sólo por oírla. Más de una vez me sorprendió ella mirándola, y al notar mi insistencia, bajaba los ojos ruborizada. Cuando me separé de ellas, en todo pensaba, excepto en quitarme la vida; volví á la tarde siguientes.

## CHIRIGOTA

Hay traductores deliciosos. Eso ya lo saben Vds. Pero ninguno como el traductor del folletín de un colega local, cuyo nombre no cito por no ofender su modestia.

Véase la clase (la clase... de traducción):

«—Es esto que él no quiere descender? se demandaba Juana, de más en más inquieta»

¿Apuestan Vds. algo bueno á que sé como decía el original francés? Pues decía así:

«—Est-ce qu'il ne veut pas descendre? se demandait Jeanne, de plus en plus inquiète.»

te, y me la encontré en el mismo sitio, y se repitió la escena en las sucesivas, y al mes la joven era mi novia, y supe entonces que su madre había envidado recientemente de un capitán, y que madre é hija se mantenían cosiendo en ropa blanca. Su energía para luchar contra la desgracia me hizo avergonzarse de mi debilidad. Busqué nuevamente trabajo, y lo encontré, obteniendo en un colegio una plaza de inspector de estudios.

Sostenido por el cariño de aquella niña, me sentí con un vigor moral inusitado. Seguí pretendiendo, y sabedor de que Manuel, ya lo conoces, antiguo condiscípulo mío en primeras letras, acababa de ser nombrado Ministro, hice una instancia con mi mejor letra pidiéndole un destino y solicité una audiencia. A vuelta de miles de dilaciones, conseguí que me recibiera. Al punto no me reconoció; pero en cuanto se fijó en mi escrito, me dijo:

—Esta letra es la que enseñaba el P. Jerónimo en las Escuelas Pías, y estas *cus* sólo consiguió hacerlas igual á su maestro el número uno de la clase. Usted es Uñero.

—Para servirle, Sr. Ministro—le contesté.

Me abrazó con cariño; su posición no le había engraido; no era ingrato. Enteróse de mi situación precaria, y llamando al jefe del personal, mandó que en el acto me extendiesen una credencial con 1 000 pesetas al año. Esto acaeció el 13 de Abril. Tal proceder me conmovió; con aquel hombre no me ligaban amistades íntimas, y sólo un recuerdo de la infancia le impulsaba á favorecerme. Excusado es decirte la alegría de mi novia y de su madre, y excusado es pintarte la mía; no parecía sino que la niña era mi providencia; desde que la encontrara, todo me salía bien. Al año me licencié en Leyes, y ya en condiciones, me ascendió á oficial segundo; y habiendo muerto su secretario particular, ocupé su puesto. Poco después, por su consejo, acepté un destino en Filipinas, donde he estado seis años, y aquí me tienes de vuelta y de oficial de secretaría con 26.000 reales. Hace quince días que me casé, sigo siendo secretario de mi protector, y se empeña en que me vaya á un Gobierno de provincia.

¿Comprendes ahora por qué me he casado en martes, y en 13? Esas dos fechas, emblema de malos augurios, son para mí el símbolo de la felicidad.

—Te admiro—le dije por único comentario.

—Me he convencido—dijo para terminar:—todo en este mundo tiene remedio. Paciencia y energía: hé aquí las dos cualidades necesarias para afrontar las tormentas de la vida, que pueden resumirse en una: voluntad.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

Lo cual me parece muy fácil de adivinar.

Pero conste que así traduce el francés hasta el ama de cría de mi hermanito pequeño.

¡Y es gallega!

CORRESPONSAL	CORRESPONSAL
— DE —	— DE —
LA SEMANA Cómica	LA SEMANA Cómica
EN MÁLAGA	EN BURDEOS
D. Agustín Alcalá	Monsieur Marcelin Lacoste
Beatas, 21	3, Place de la Comédie, 3



REFRANES, POR ESCALER



Los extremos se tocan,

## A N U N C I O S

CORRESPONSAL  
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN  
DE

### La Semana Cómica

EN MADRID  
D. JULIAN RODRIGUEZ  
Kiosco de la Universidad. - Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL  
*exclusivamente encargado de la venta*  
DE

### LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA  
D. JULIAN PERIS MENCHETA  
Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL  
DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO  
D. RAFAEL B. ORTEGA  
Primera de Santo Domingo, número 12.  
MÉXICO

CORRESPONSAL  
DE  
LA SEMANA CÓMICA  
EN GUATEMALA

D. Antonio Partegás  
Octava Avenida Sur. - Almacén  
GUATEMALA

CORRESPONSAL  
DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA  
D. Antonio S. de Bethencourt  
Calle del Sur, núm. 4.  
CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

### DE LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS  
Madame Schneider  
KIOSCO 50. - BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

### DE LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS  
MADAME LEMAITRE  
KIOSCO 34. - BOULEVARD DES ITALIENS

CORRESPONSAL  
DE  
LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA  
*Señora Viuda de Pozo é Hijo*  
Galería Literaria

Calle del Obispo. 55. - Librería  
**HABANA**

LA SEMANA **CÓMICA**  
PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.  
Colaboran en él los mejores literatos y los más  
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. . . . .	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera. . . . .		2'50 .

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º - Barcelona  
*Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde*